

Congreso de Educación Física y Ciencias

14º Argentino, 9º Latinoamericano, 1º Internacional

18 al 23 de octubre y del 1 al 4 de diciembre 2021

Frente a la pantalla

Valentina Iacobucci. Universidad Nacional de La Plata. valentinaiacobucci12@gmail.com

Resumen

La presente narrativa tiene como objetivo relatar mi experiencia en la Universidad Nacional de La Plata. Desde mi primer acercamiento presencial con la carrera Profesorado en Educación Física hasta la actual virtualidad. Comenzando con las primeras ideas e ilusiones que tuve al empezar los estudios. Y luego, en estos dos años, en este nuevo sistema de educativo. La educación a distancia me separó de lo que más quería ser. Ser docente en Educación Física.

Palabras Claves:

Virtualidad – Experiencia estudiantil – Cuerpo digital

Frente a la pantalla

Frente a la pantalla. El sudor se desliza sobre la fibrosa y trigueña piel. Gota a gota cae sobre la cara cuyos ojos miran fijamente la barra que lo separa de la gloria. El hombre flexiona las rodillas y a continuación realiza un salto para que sus manos dejen ser simplemente manos y pasen a formar parte de la barra. El cuerpo conoce esa posición y sabe que le sigue un movimiento circular uniforme. Puedo sentir el calor que generan las manos al resistir semejante acción. Las piernas juntas. Una brisa pasa por debajo de mis pies. Siento vértigo al estar tan lejos del suelo. La cabeza da vueltas y mis ideas también. Pero cuando caigo, vuelvo a estar enfrente a una pantalla. Sentada delante de una sombría concatenación de imágenes. Así fue como aprendí gimnasia artística.

Yo empecé el año 2020 con la ilusión de aprender y formarme para ser docente de Educación Física. Los primeros días de febrero era todavía una niña que le temía al mundo universitario. Sin embargo, sabía que allí encontraría lo necesario para ser lo que más anhelaba. La Universidad Nacional de La Plata no la conocía por lo que este mes sería un momento que marcaría mi trayectoria estudiantil. Ese mes fue una aventura donde descubrí que esto es lo que realmente quería hacer. Cada sector, cada aula, cada práctica y deporte experimentado me recordaba los motivos por lo que elegí la carrera.

El tren fue mi gran compañero en ese mes. Siempre me esperaba todas las mañanas. No puedo recordar la universidad sin asociarlo con él. Cuando llegó el tren por primera vez, sabía que lo único que podía hacer era caminar hacia adelante. Puedes mirar atrás, pero no te quedes allí,

camina hacia el futuro era la frase que recordé en el momento que di aquel paso. No podía volver y no quería hacerlo. “Tanto miedo de envejecer. Soy buena siendo joven. Así que juego a los números para encontrar una manera de decir que la vida acaba de comenzar” (Mayer, 2006). Sin embargo, me doy cuenta que no quiero que pare el tren. Esta vez no quiero que pare. El miedo a crecer se desvanece cuando estas acompañado. El sol que ilumina el rostro del joven somnoliento. El hombre sentado a tu lado y que te cuenta una nueva historia de la que aprender. El olor del pan recién horneado. El reencuentro con los compañeros de clase. Honestamente, aunque estemos todos yendo por el mismo camino y terminemos en el mismo lugar, ahora sé que no quiero que el tren se detenga.

En vuelta en muchas capas de tela, poco a poco, el calor de una mañana de febrero (a pesar de ser verano) me despierta y me ilumina una estructura cuyo valor histórico pesa, pero no lo destruye. Cada día se toma el atrevimiento de construir hombres y mujeres para dejar en el pasado los perturbadores recuerdos que marcaron a la Argentina. “Nadie se conoce a sí propio sin haber bebido la ciencia ajena en inacabables horas de lectura y de estudio; y nadie conoce el alma de los semejantes sin asistir primero al deslumbramiento de descubrirse a sí mismo”. ¿Dónde es un buen lugar para descubrir todo aquello que nos rodea?

La cultura no es una cosa, sino que es una visión; se es culto cuando el mundo se nos ofrece con la máxima amplitud; cuando los problemas menudos dejan de tener consistencia; cuando se descubre que lo cotidiano es lo falso, y que sólo en lo más puro, lo más bello, lo más bueno, reside la esencia que el hombre busca (Cortázar, 2009, p.162).

Esto es lo que te brinda la universidad. Pero ¿qué ocurre cuando se pierde la posibilidad de vivir estas experiencias?

Y de a poco uno se va cayendo. De pedacitos se derriban las ilusiones y la “nueva normalidad” destiñe los colores de un afuera prohibido. Mis hermanas me enseñaron que la vida está en el exterior; afuera de las cuatro paredes que me protegen. Mi hogar era mi espacio donde era libremente. Hoy es la prisión de una joven que quiere conocer y descubrir lo que puede llegar a ser. Las experiencias son detrás de una pantalla que enceguece los ojos ansiosos de la inocente joven.

Uno se pregunta si esto es todo y, sabiendo que no lo es, se lo cree. Demasiado universo para tan poco. La vida se expande mientras creo que esto es todo. Los días pasan como cuadros de una película. Se repite la secuencia de imágenes que deterioran mi cabeza. ¿Esto es todo? Busco desesperadamente creer que no es así, pero dos años son una vida dentro de mi mente.

Soy una persona que le aterra lo desconocido, pero sé que esta vez no soy la única. La ansiedad le recubre el corazón al alumno que desea crecer, pero cada día llega un mensaje del afuera que brilla de dolor. Mientras **nos quedamos en casa**, se está prendiendo fuego el fruto de nuestros antepasados y las raíces de nuestro provenir. Tenemos en nuestras manos una nación producto del esfuerzo de personas que se fueron de su patria querida para apostar a un lugar desconocido cuyo futuro era (y es) nublado.

Las mañanas frías delante de una computadora que con esfuerzo mis padres me compraron. Entro a las clases virtuales por varias plataformas conforme a la comodidad del docente. Algunos prefieren dar las clases por escrito cuyo PDF solo es posible abrirlo con su aplicación. Otros con un video explicando un tema específico. Cada docente a su manera. Una manera determinada por su habilidad de manejar el cerebro electrónico, por la disponibilidad de recursos necesarios y por el alumno. ¿Cómo harán aquellos que solo tienen una sola computadora para toda la familia? En mi recorrido he visto chicos realizando exámenes con sus celulares. Además de usar la red telefónica porque no pueden acceder a internet. No todos tienen mi ¿comodidad? Una comodidad empobrecida por cada año vivido aquí. Miro a los costados y puedo ver que solo acá pasamos tantos días, meses y años encerrados con una educación a la distancia confusa y completamente distante del alumno. Una educación que separa. Desigualdad queda chico con lo que nos pasa. ¿Quién se hace cargo de esto? Hoy fue la pandemia (que todavía no terminó) pero mañana... El mañana está cada vez más cerca. Y cuando llegue. Y cuando llegue el mañana, no quiero que me encuentren en mi cueva.

Vuelvo a estar en mi habitación. Un cubículo oscuro donde la única luz de esperanza es emanada por un monitor tétrico y frío. De allí veo pasar cuerpos inanimados que danzan miles de bailes pero que al fin y al cabo son todos iguales. Quiero comprender lo que hacen. Quiero entender lo que me quieren enseñar. No obstante, son todos del mismo color, confundíndome, al tal punto, que no reconozco mi sombra.

La luz artificial invade mi vida. Mi realidad terminó siendo de ceros y unos. Dedico mis días a mirar las paredes de la caverna y las sombras que se proyectan gracias a mi computadora. Dejo de ver la hoguera, las cadenas y mucho menos lo que está fuera de la caverna. Juro que la única realidad posible es la que veo. El mundo avanza mientras yo sigo encerrada. Apartada de la verdad. Viviendo una mentira. Me siento sola, aunque sé que no soy la única en esto.

Intento poner esta verdad a prueba yendo a mi patio a poner en práctica lo que creo saber. Reproduzco lo que me dijeron. Levanto los brazos. Doy un paso para que mi pierna genere el impulso suficiente para realizar el giro lateral. Antes que las manos toquen el piso, la profesora me dijo... en realidad el archivo decía que tengo que rotar los hombros para que el giro se realice en el plano sagital. Pero no me acordaba que un cuerpo tenía tantos lados si solo aprendí en dos dimensiones. ¿Qué hago con los demás lados? No hay que olvidarse que la pierna de apoyo debe empujar para que la cadera pase sobre los hombros. ¿Cómo sé que mi cadera pasó mis hombros? Estoy confundida. Mi diez en Gimnasia Artística exhibe la idea que sé sobre este deporte. Mi cuerpo refleja la carencia del conocimiento. ¿Quién tiene razón? El miedo resurge y me golpea la cabeza. Mi mente se empieza minar con preguntas que me empujan a volver a mi habitación que tan acostumbrada estoy. Sin embargo, las minas siguen ahí esperando a ser pisadas por una joven distraída por tantas luces. Cuando menos te lo esperas, lo pisas. Exploto. ¿Qué docente voy a ser si viví dos años de mi carrera dentro de mi casa? ¿Qué saber voy a construir si ni siquiera lo experimenté con mi cuerpo? ¿Cómo haré para comunicarme con un estudiante si no hay un

micrófono y unos auriculares que me permitan entenderlos? La angustia se dispersa entre el humo y los fragmentos de cordura. Vuelvo a levantarme para continuar con la siguiente clase.

Voleibol. El profesor me pide un video realizando el pase de manos altas. Le pido a mi hermana que me grabe. Agarro la única pelota que tengo y es de baloncesto. Repito: Las manos deben estar juntas, con los dedos abiertos y ligeramente curvados, para formar una hendidura que permita amortiguar y luego empujar la pelota con las yemas de los dedos. Me pongo en posición. Me lanzo la pelota, pero al intentar empujarlo las manos se separan, me doblo los dedos y termino golpeando la reja. Lo vuelvo a repetir hasta que consigo grabar la secuencia y así completar la consigna.

Natación. Veo y comprendo las “ayudas” que tengo que hacer para sostener a mis futuros estudiantes. Tengo que colocar un brazo sobre el abdomen del niño para que quede su cabeza en mi hombro. Me pregunto: ¿Podré flotar en el agua? ¿Podré flotar en este río de incertidumbre y turbulentas aguas? ¿A dónde me deparará este camino? Vuelvo a repetir que el mañana está más cerca y necesita que estemos más preparados.

Se suponía que en el eje Básquetbol no sería tan complicado. Retomo el balón que anteriormente utilicé. Por suerte, tengo un aro para practicar y las ganas suficientes. El primer tiro flexioné completamente las rodillas, pero golpeó la pared y salió cerca de la red. En el segundo tiro me propuse realizarlo de pie casi completamente estirada para que salga con menos fuerza que el anterior. Ni se acercó. El último fue con las piernas semiflexionadas y los pulgares formando una “T”. A continuación, miré el tablero. Levanté los brazos y puse en marcha la maquinaria. La pelota dejó a su dueña para ir directamente al objetivo. Fue un tiro dentro de la línea de tres puntos, cuya dirección formó la perfecta curvatura; emanando una melodía suave indicando que había alcanzado la gloria. Pero, de repente, un brusco y agresivo grito se escucha salir de la habitación de mi hermana: ¡Estoy en Zoom!

Mi recorrido deportivo finalizó con Softbol. Jamás lo había escuchado. Mi conocimiento era casi nulo. Por ello me empeñé en probar un bocado ante semejante práctica. Quería sentir la sensación que un bateador tenía al estar ante imponente desafío: batear una bola. Busco los materiales para asemejarme al deporte. Agarro la cinta de papel y dibujo en el suelo el cajón del bateador. La escoba se transforma en el bate. Veo la pelota de tenis y combino tres deportes en uno. Seguidamente, la lanzo para que el rebote se convierta en el tiro del pitcher. Sin embargo, le pego tan mal que golpeo la ventana de mi habitación. Casi quiebro el vidrio. Corro y me escondo en mi cuarto como si fuera una niña que se maquilla de inocencia ante tal alboroto producido. Me vuelvo a sentir pequeña. No quiero. No quiero esto. Esto no puede seguir así. No quiero terminar como aquellos hombres que por miedo a conocer la realidad se quedaron en el engañoso submundo de las tinieblas. Aunque me acompañe el calor del fuego, saldré de esta maldita cueva.

Referencias

Cortázar, J. (2009). Papeles Inesperados. Madrid: Alfaguara.

Mayer, J. (2006). Stop This Train. En Continuum. The Village Recorder.